

toda la extension de su desgracia. Aquellos, que antes, á su paso, con solicitud servil se agrupaban, saludándole, cual si fuera un Dios, huían de su contacto ahora, cual si fuera un apestado. Cierta día que llegó á una cena, dada en el Palacio real, encontröse con que allí, donde todas las puertas solían abrirse á su paso, no contaba ni siquiera con un apartado aposento. La indiferencia régia, encubridora de honda cólera, ocultaba llamas infernales, bajo su glacial exterioridad. Wolsey tuvo que irse á la casa de un amigo, y que andar una legua ó mas, á media noche, por escabrosos é inciertos caminos. En cambio el Rey trajo la jóven Ana á su lado y la rodeó de aparatosa corte. Si Catalina era enemiga de Wolsey por haber iniciado el divorcio; Ana lo era tambien por no haberlo concluido. Y ocasion se le ofreció de mostrarle su vengativa enemistad. Leía esta un libro de Tyndal, pensador revolucionario, sobre la obediencia; y como se lo dejara olvidado en una ventana, lo recogió el cardenal, y se lo llevó al Rey, calificándolo de incendiario. Ana, que solo habia menester de un pretexto para desahogar su cólera, instó á su régio amante á que leyera la obra y á que desconfiara del cardenal. Leyóla, en efecto, el monarca, y encontró máximas referentes á la potestad régia, que resucitaban y completaban las fórmulas absolutistas del antiguo derecho romano sobre el imperio. Durante la Edad media estas fórmulas, resucitadas por las Universidades que oponian la jurisprudencia romana, tanto al derecho feudal como al derecho canónico, tenian mitigaciones saludables en la division del poder espiritual y temporal. Mas Enrique VIII, que se proponia derribar al Papa en la conciencia pública de su pueblo, y que consideraba el Parlamento cual una corte áulica de su autoridad absoluta, encontró en las sentencias del pensador, revelado por su amada, las bases inconvencibles de un despotismo, en consonancia con su avasalladora naturaleza. La influencia de Ana crecia en el ánimo de Enrique. Hallándose los dos de campo, en real sitio, como supiera la sagaz querida que el Rey guardaba secreto terror á ciertas partes oscuras de la selva, por haberlas consagrado una tradicion popular á los espíritus malignos, llevólo á tan misterioso sitio; y entrando antes que él en sus misteriosas tinieblas, mostróle un ánimo y un valor, con los cuales cautivaba cada vez mas su ya rendido albedrío.

Por fin Clemente VII, en tanto que la corte británica se esparcia en todos

estos desahogos, tomó una resolucion horrible para Enrique VIII. El acto de Doria que abandonaba sus antiguas banderas por seguir las banderas del Emperador; los triunfos de Leyva que traían á las mientes los triunfos de Pavía; la inconstancia de Francisco I que girara nuevamente alrededor del César; la grandeza de España, cuyos dominios se dilataban por el Nuevo Mundo, mostraron á Clemente VII que la fortuna se habia desposado para siempre con Carlos V; por lo cual contrastar su poder equivalia en el fondo á contrastar el mismo poder de Dios. Además, en aquellos instantes supremos, su muy amado hijo Carlos, adelantándose á los sucesos y comprendiendo cómo los favores de la suerte deslumbraban la inteligencia y rendian la voluntad de Clemente VII, le mandó aves raras, indios bravos, piedras preciosas, esencias balsámicas, ejemplares del crecimiento que habia tomado aquel Imperio español, capaz de formar hasta un nuevo planeta. No podia con tanta fuerza ni con tanta magia el Pontífice. Así, apretado por las exigencias de Inglaterra, tomó en Roma una resolucion semejante á la que tomara Campeggio en Lóndres, una resolucion dilatoria, bien apartada de revocar ó mantener el matrimonio, la cual consistia en subir el asunto de nuevo, desde Inglaterra á Italia, para conocerlo por su supremo conocimiento y decidirlo por su soberana voluntad. Lloró Clemente á las consideraciones presentadas por el embajador de Inglaterra, pero metido entre dos potestades irreconciliablemente enemigas, optó por favorecer y por servir á la mas fuerte y á la mas cercana.

La resolucion del Papa debia perder á Wolsey. El 9 de octubre de aquel nefastísimo año presidió el último consejo. Ya en él, debió darse por abandonado de la fortuna, pues ningun favorito del monarca se acercó á saludarle. Al día siguiente personáronse bien de mañana en su casa dos emisarios régios y le pidieron el sello de Inglaterra. Wolsey contestó que, depositario de aquel instrumento de autoridad, no podia devolverlo, sino en virtud de un escrito real. Al día siguiente diéronle bien de mañana el demandado escrito y entregó el régio sello de Inglaterra. Aun no habia hecho entrega de tan soberano signo de autoridad, cuando le notificaron la orden de abandonar su palacio, sin llevarse mas que la camisa puesta. Para mostrar á Enrique el cuantioso despojo, que tomaba con aquella casa, hizo tender y ostentar por

sus galerías todos los objetos de precio. Brocados de Italia, terciopelos de mil colores, púrpuras cardenalias, martas cebellinas, capas pluviales recamadas de bordados, báculos de oro, doseles de plata, vajillas de incomparable porcelana, bandejas de ricos metales repujadas por maravillosas artes, copas dignas de figurar junto á las que apuraban allá en sus festines voluptuosos los romanos de la decadencia, tapices en que estaban tejidas las escenas mas célebres de la mitología y de la Biblia, montones de perlas: tanta copia de tesoros se allegaba entonces en las altas dignidades de la monarquía y de la Iglesia. El mozo de carnicero, que viera pasar todas las grandezas bajo su mano, favorito de los Reyes, adulado de los Emperadores, jefe real de una vasta monarquía, cercano á la soberanía pontificia, cardenal de los Papas y tan poderoso como los mayores potentados, precipitábase, desde tan alto asiento, en horrible y pavorosa ruina. Una barca le aguardaba en el Támesis, que debia indudablemente aparecer á sus ojos cual un ataud flotante. Para mas tristeza, reunidos por la fama y sus ecos, miles de espectadores acudieron á presenciar aquel increíble cambio de fortuna. Al aparecer, un grito de júbilo resonó en sus oídos que debió despedazarle de abajo arriba el corazón: «No morderás mas, perro de carnicería,» le gritaba el populacho de Lóndres. Sus últimos amigos veían tal ruina con dolor y espanto. Su mismo bufon lloraba lágrimas amargas. La barca, en vez de ir hacia Lóndres, fué hacia Hampton-Court. Por allí, desembarcó y montó en una mula. Enrique VIII, para prolongar sin duda su agonía, le mandó un mensaje favorable y un mensajero amigo. No sabiendo cómo demostrar su gratitud al monarca, pues ya nada tenia en el mundo, se arrancó una reliquia, que llevaba al cuello, y la entregó al cortesano; y volviéndose á su bufon lo cogió, lo entregó también como pudiera entregar una bestia de carga, aunque se resistía y lloraba y pataleaba el infeliz, queriendo quedarse al lado de la desgracia, mucho mas noble en su vil condicion que los cardenales y los Reyes de aquel tiempo.

El terror sobrecogía en estos últimos instantes de su existencia al desdichado, sabiendo el monarca con quien se las habia. En efecto, la cámara de los Lores decidió acusar á Wolsey de traicion. Cuarenta y cuatro cargos capitalísimos le imputaban. Ilegalidades, cohechos, simonías, seducciones por

dinero, ruinas de familias por avaricia, tratados concluidos á espaldas del monarca, brutales exacciones ruinosas á Inglaterra, males vergonzosísimos adquiridos en vicios infames, todo esto y mucho mas atribuía la adulacion, que tanto al poder se rebajara, en cuanto lo viera herido por el desfavor y la desgracia. Un defensor, antes desconocido, le salvó de este trance. La cámara de los Comunes se rindió á la elocuencia de este abogado, que se llamaba Cromwell. A pesar de tales peligros, no se enmendaron, no, las desapoderadas ambiciones de Wolsey. Retirado á su diócesis, conspiró en política, cual si aun lucieran la juventud y la fortuna para él. Arraigan tanto las costumbres en la vida, que Wolsey creía imposible el reinado de Enrique VIII sin su absoluto ministerio. Así llegaba en su infortunio, á pesar de reunir cuatro mil libras esterlinas de renta, á obtener un regalo de mil marcos; y cuando mas se dolía de pobre, viajaba con un séquito de ciento sesenta cortesanos. Ya estuviera en las catedrales, oficiando como simple obispo; ya llevara la vida de gran señor en los palacios y castillos; ora se retirase á la soledad, aparentando arrepentimiento y penitencia; ora recorriese su diócesis repartiendo limosnas y administrando sacramentos; la pertinaz ambicion de su alma no consentía á su voluntad punto de reposo, y en los oficios divinos, en las limosnas públicas repartidas á las puertas de las iglesias, en las comidas con los gentiles-hombres de ciudad ó aldea, en todos sus actos, movidos por sus pasiones políticas, ocultaba de necesidad ó una maquinacion ó una intriga. Confortado por cierta benevolencia del monarca y decidido á no detenerse un punto en la vía de sus ambiciones, preparaba con ánimo de llamar sobre sí la atencion del Rey una entrada pública y aparatosísima en su ciudad de York. Los cortesanos, que le veían perdido en el ánimo real, sembraban toda suerte de sospechas y levantaban toda suerte de calumnias. Entre una multitud de inventos decíase que maquinaba la excomunion de Enrique VIII por Clemente VII. Wolsey estaba perdido.

Corría la mañana del 2 de noviembre de 1530. Una cabalgata lujosísima se paraba con estrépito á la puerta del castillo de Cawood habitado por el cardenal. Un inesperado huésped encabezaba con arrogancia la legion brillantísima de apuestos gentiles-hombres, en cuyos rostros se veía fácilmente alguna mala pasion satisfecha. El imprevisto é inesperado huésped se llamaba

entonces Duque de Northumberland, mas habia sido en otro tiempo, bajo el modesto nombre de Percy, apuestísimo galan, de bella presencia, de gran pres-tancia, vencedor en los torneos, ágil en las danzas, certero en los tiros, cabal-gador en las cazas, y cuya felicidad, cifrada en obtener la mano de Ana de Boleyn, fué impedida y frustrada por el cardenal Wolsey, á quien adrede se lo envió el Rey por un refinamiento de crueldad en su bárbara venganza. En-contráronse el Lord espiritual y el Lord eclesiástico, el príncipe de la Iglesia y el príncipe de la corte, el Arzobispo y el Duque, frente á frente y en la mi-tad del salon, donde se dirigieron sendas y corteses reverencias. En la mirada de los dos actores de aquella escena muda podia fácilmente descubrirse la satisfaccion del uno, la tristeza del otro. El jóven caballero puso la mano sobre la espalda del viejo Arzobispo y le declaró preso como reo de alta trai-cion. Terrible calle de amargura, la que recorrió desde este momento, único de su vida en el cual llegó á conocer hasta su fondo la enemistad del Rey. El privado no podia, no, arribar ni á la torre de Lóndres ni al patíbulo de los traidores. Murió en el camino. Desde una carnicería elevóse al dintel del tro-no británico, y tocó en tres Conclaves consecutivos la Sede Pontificia. Amigo del lujo y de los placeres, como todos los hombres del Renacimiento, llama-dos á despertar la vida de los sentidos y el imperio de la naturaleza tras las maceraciones de los siglos medios, parecia no sentir el calor de la conciencia en su mente; y de haber nacido en Italia como nació en Inglaterra, fuera un Borgia en vez de ser un Wolsey. A la hora de morir, con las intuiciones que presta la agonía, con ese revivir misterioso de los últimos instantes, dijo la frase que compendiaba todos sus titánicos trabajos por la fundacion de una monarquía absoluta; dijo: ¡Oh! si hubiera servido á Dios como he servido al Rey!

En este año, al recibir Enrique VIII la noticia de que negaba el Papa toda jurisdiccion y todo conocimiento á Inglaterra en los negocios jurídicos relativos al divorcio, decidió dos cosas; primera, vivir públicamente con Ana Bolena despues de haberse casado con ella en secreto y erigir su autoridad absoluta sobre todas las autoridades eclesiásticas y políticas. Un acto de bár-bara crueldad, siguió á este acto de exaltada pasion. La princesa María, que habitaba el mismo palacio de su madre, Catalina, fué separada de la mujer

que le diera la vida; y como prisionera, sin ninguno de los honores debidos á su rango, conducida sigilosamente á un triste y solitario sitio real, donde purgaba la bien inocente culpa de haber nacido del matrimonio legítimo de su padre. ¿Qué habia sucedido para perpetrar tales actos? Enrique VIII queria el divorcio, como necesaria satisfaccion á sus pasiones; pero tambien queria cohonestar este divorcio con alguna razon teológica como necesaria satisfac-cion á su inteligencia. ¿Quién le dió la base científica de tamaña satisfac-cion? No ciertamente Wolsey, muerto en su fidelidad al Rey Enrique VIII, por sus cánones y por su ortodoxia; no ciertamente Moro, vasto espíritu, fidelísimo á la Iglesia católica, en la cual quiso vivir y por la cual murió, presintiendo, entre los furores del combate universal por la religion, el dia sublime de la libertad de conciencia; quien halló una teología que poner á disposicion de las pasiones del Rey, fué el célebre Cranmer, Lutero de Ingla-terra, primer motor allí de la revolucion religiosa.

Seis años de edad menos tenia que el revolucionario aleman. Educado á golpes, segun los bárbaros modos de la Edad media, en la niñez aprendió ya la conformidad con el infortunio y la resignacion al dolor. Nacido con elevada inteligencia, todo cuanto le circuia contrastaba sus altas vocaciones. El padre, que le diera naturaleza, campesino de mucha honradez y de cortos alcances, contento con el trabajo material de cada dia, dado á buscar por todo esparci-miento los ejercicios de fuerza, enseñó al hijo de sus entrañas á montar á caballo, á blandir la espada, á tender el arco, á tirar la barra, á manejar todo género de armas en cuyos ejercicios aprendió al par de cierta gimnasia muy saludable al cuerpo, ese gran sentimiento de la naturaleza que consuela en sus dolores y fortifica en sus combates á nuestra pobre alma. Enviado á Cambridge, donde aun reinaba la barbarie escolástica, encontró en el fondo de su conciencia la base del conocimiento filosófico y en la lectura de los libros santos la base de la verdad revelada. Y en edad bien temprana comenzó á difundir sus profundísimas ideas en forma de lecciones, que le daba algunos medios para vivir y algunos fundamentos donde elevar su independencia. Llamábanle sus enemigos, con menosprecio, mozo de cuadra, pero las almas distinguidas encontraban hasta en su conversacion tesoros de ciencia. Dotado de un corazon tierno, se casó bien jóven con muchacha de su edad y de su